

PARADORES

ÁVILA
Y SU PARADOR

PALACIOS DE ALMAS TOMAR

“... Esa ciudad de Ávila, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora. En ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna; en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad.”

Miguel de Unamuno

Los primeros abulenses conocidos fueron los vettones que, aunque primos, ya se llevaban a mordiscos con otras tribus que por aquí campaban, dicen, que feroz disputa por los pastos y la caza, que mantenían. De aquella antigua Obila se conservan aún no pocas esculturas de toros y cerdos, los “verracos” que hoy se pueden ver en la capital y en la provincia. Como los Toros de Guisando, en el Tiemblo, o el verraco que ilustra y protege este mismo Parador.

Ya en el primer siglo de nuestra Era, hasta aquí llega el Obispo San Segundo, uno de los Siete Varones Apostólicos, para convertir a la verdadera fe y acristianar a la ciudad. No podía ser por menos: también aquí llegarían los temidos sarracenos aprovechando el desinterés del enemigo por estas tierras que se llamaron “desiertos del Duero” donde, en buena armonía con el cristiano, permanecieron hasta que Alfonso III logró conquistar la plaza. Ocurrió la valerosa hazaña bien mediado el siglo IX.

Después de muchos avatares, fue reconstruida una vieja muralla romana que hiciera del todo infranqueable la ciudad. En una de éstas, cuenta la leyenda la hazaña de la bravía Ximena Blázquez: Estando vacía de soldados, la ciudad aprovechó el moro Abdallah-Alhazen para poner cerco a la muralla con un ejército de nueve mil y más infieles. La valerosa Ximena, improvisada generala en democrático consejo, “mandó encender hogueras mil, sonar clarines por doquier y brincar las mujeres al adarve con sombreros de soldados disfrazadas. Al ver los sarracenos tamaño despliegue defensivo, huyeron renunciando a la conquista...” Desde entonces cinco sombreros adornaron el blasón de la ciudad en recuerdo y gratitud a sus mujeres.

Por cierto que fue por aquellos años cuando más notable y notoria sería la presencia de los judíos en la ciudad. Ejercían, sobre todo, el comercio y la explotación de los molinos y tenerías en el barrio de Telares. Y aunque su presencia salpicaba toda la ciudad, gustaron de apretarse en sus viviendas del barrio “Yuradero”, junto a la actual Iglesia de San Vicente, románica de singular belleza que merece detenida visita. También los moriscos, muy a principios del siglo XVI, tendrían gran predicamento en la ciudad. “Eran tantos que hasta cuatro mezquitas tuvieron. Y se regían por alcaldes moros”.

Fue a partir del año mil, en tiempos del rey Alfonso VII, cuando esta ciudad, de calles y almas berroqueñas, comienza a conocer tiempos de prosperidades militares, religiosas y económicas, condimentos cocidos en común puchero. Los estandartes abulenses cosecharon glorias en múltiples batallas. El Sabio Rey Alfonso X celebró Cortes junto a esta Catedral. Aquí ascendió a Rey Sancho el Bravo. Aquí fue Obispo y escritor el prolífico Tostado, altanero defensor de su corta talla ante el propio Papa Eugenio IV: “La altura de un hombre se mide desde el arranque del pelo hasta las cejas...”

Sería Ávila residencia favorita de nobles y monarcas, como los Reyes Católicos que gustaban disfrutar de estos frescos veraneos; sede



bochornosa de la Santa Inquisición contra herejes y judíos: más de cien quemados y otros tantos “sanbenitados”. Por entonces, los judíos se agruparon en la cofradía de “la percha, la carda y el peine” para la defensa gremial de sus oficios de tintoreros y tejedores. La ciudad acabaría juzgando y condenando a su propia hoguera a Torquemada. El sanguinario iluminado acabó definitivamente en las ascuas de “El Brasero”. En recuerdo de ello, así es llamada una dehesa de las proximidades.

Fueron también estas tierras berroqueñas patria de valerosos, aunque frustrados, comuneros. Cuna generosa de artesanos de las letras y artistas de las almas... Saque el viajero el mayor provecho de esta ciudad y recuerde el consejo de Unamuno: “Lo mejor de España es Castilla. Y en Castilla, pocas ciudades, si es que hay alguna, superior a Ávila...”

SOMBRA CON OJOS DE CIRIOS

¡ue éste, desde siempre, aunque muy bien no se sabe desde cuando, edificio nacido para nobles y altaneros oficios. Su partida bautismal da fe de que este Palacio de Benavides fue antes morada del Regidor de la Ciudad Don Juan de Henao, después mansión de los Sarmientos. Luego, casa-cuartel de la Benemérita Guardia Civil, casa de vecinos paisanos y, casi al fin, residencia veraniega del Marqués de Benavides.

Sus elegantes estancias fueron forzoso y estratégico centro de operaciones de los generales Mola y Varela en 1936. Por dos veces recibió la visita y los consejos de guerra de Franco.

Por dondequiera que camine el visitante, recibirá a su paso el saludo de palacios que enseñan escudos de apellidos nobles y torres de señores guerreadores. Casas solariegas que conservan un poyo de granito para aupar a las damas a la silla del caballo. Ruinas y reliquias, vencidas por los siglos en desigual combate, que cuentan y cantan guerras generosas y hazañas impiadosas; de místicos vivires, de leyendas singulares.

Las cercanías de este Parador mantienen más que el recuerdo la presencia de los pasos gozosos y tribulaciones forzosas de Teresa de Cepeda.

Se estrenaba el siglo XVI cuando ya este Palacio se alzaba en dos cuerpos con patio y enrejados ventanales, apoyados en la eterna y romana muralla, sobre la ya desaparecida calle de los Caños “que daba de mucha y muy buena agua”.

Un investigador y minucioso cronista describía, a principios de siglo, que “la parte auténtica, tanto en el exterior como en los salones, permanece bien conservada, con su cuartónaje e incluso vidriera; esto, unido al suntuoso mobiliario de época que decora las habitaciones todas, determina un ambiente gratisimo”. Y así espe-



ramos que a la consideración del huésped lo siga siendo. Pero lo más interesante, entre lo mucho notable que aquí se acumulaba, eran los museos y una apretada y más que apreciable biblioteca de 35.000 volúmenes. Se guardaban veinticinco códices y cerca de ochocientos incunables: “consta -en los tiempos del último Marques de Benavites - de una sección teresiana que, a buen seguro, es la mejor de España, así como otras dos de tauromaquia y una cervantina”.

Los últimos marqueses tomaron la generosa decisión de colocar su patrimonio en manos del Estado, a salvo de privadas tentaciones no siempre encomiables.

Sepa el visitante que tendrá el raro privilegio de compartir casa con muros y pasillos y salones que conocieron, muy de cerca, aventuras, flaquezas y hasta pillerías de la Santa de Avila.

Vivía Teresa -que había nacido en casa de aquí cerca- muy a lo primero del siglo XVI, cuando ya salía humo de cabrito de la chimenea de este Parador. De esta noble casa era por entonces ama una tía carnal de la madre de la niña que ya aprendía en compañía de otras chiquillerías, a tomar en asalto este jardín y darse apresurado festín con el fruto del mismo moral que hoy da sombra y dulce al visitante.

En cualquier momento del paseo, de los muchos y cortos que la ciudad prefiere, sale al paso la mansión de los Verdugo. Imponente y emblemático edificio, gozoso de la protección segura de un verraco celta, que dio a morir a Don Lorenzo de Cepeda, hermano

inseparable de Teresa. De sus ventanas, adornadas con algún capricho plateresco, salían ayes y sollozos lúgubres de historias terroríficas y encantamientos incontables que pudieron avivar las tendencias aventureras del moro infiel y encuentro fallido del purificador martirio.

Si el viajero enfila por la calle de la heroína de armas tomar, Doña Ximena Blázquez, se encontrará, al poco, con una bella estampa neoclásica con anticipos barrocos del siglo XVII, edificada sobre el solar que vio nacer a la Santa. Las Capillas del Carmen y de la Santa fueron las salas de estar y de dormir de la familia Cepeda, hoy presididas por tallas policromas de Gregorio Fernández. Al lado permanece el huerto, jardín de juegos y de sueños de Teresa y su hermano Rodrigo... Hoy la iglesia es, además, museo, relicario y recinto vendedor de marketing santero.

La plaza del Mercado Chico transportará al viajero a los "modernos" tiempos de hace cinco siglos. Fue coso taurino y escenario permanente donde se representaron las escenas más decisivas de estas recias gentes. Bodegas, mesones y posadas abundantes, necesarios centros de ocio y negocio de feriantes, artesanos, trajineros, santeros y mendigos. Fue lugar propicio para pregones, encendidas proclamas y reales recepciones. Esta Iglesia de San Juan, de oscuros orígenes visigodos, después románica y gótica y renacentista luego... fue parroquia permanente de los padres de Teresa y en ella recibió la Santa las primeras aguas de su fe. Desde su torre hablaba un "zumbo", campana pregonera de felicidades y penalidades vecinales.

Ávila fue judía pero, de conversos, cristiana. La Santa paseó por estas calles una adolescencia compartida entre espumosos amores infantiles y el drama oculto del converso: El abuelo paterno era "un rico mercader judío de los muchos que eran de Toledo". Y su padre, para escapar del espantoso "sanbenito", se vino a casar por dos veces con hidalgas abulenses. Tanto empeño puso en lavar su origen, huyendo del comercio y dado a la sola vida de las rentas, que acabaría por morir en la miseria para dolor y no pocas tribulaciones de la Santa.

Apenas cruzada la muralla, junto al paso del Rastro, espera al visitante el Convento de Nuestra Señora de Gracia. Un año pasó en él la muchacha que, a su diez y siete años. "dió en gustar de distracciones y galas propias de la edad, lo cual pareció a su padre un síntoma peligroso para la virtud que en ella deseaba". No mostraba ella por

entonces asomo alguno de su futura santidad: "Nada más lejos de mis pensamientos que meterme a monja", aclararía más tarde. Estos mismos muros que hoy muestran una magnífica capilla renacentista, sirvieron para dar cumplido destierro a una hija del héroe invicto de Lepanto, don Juan de Austria. Su tío y severo Emperador Don Felipe II se vió obligado a imponer clausura a la moza por sus impertinentes amorios con un falso Rey de Portugal aunque sí resultó ser el inefable Pastelero de Madrigal que acabaría, por trasto, en el patíbulo.

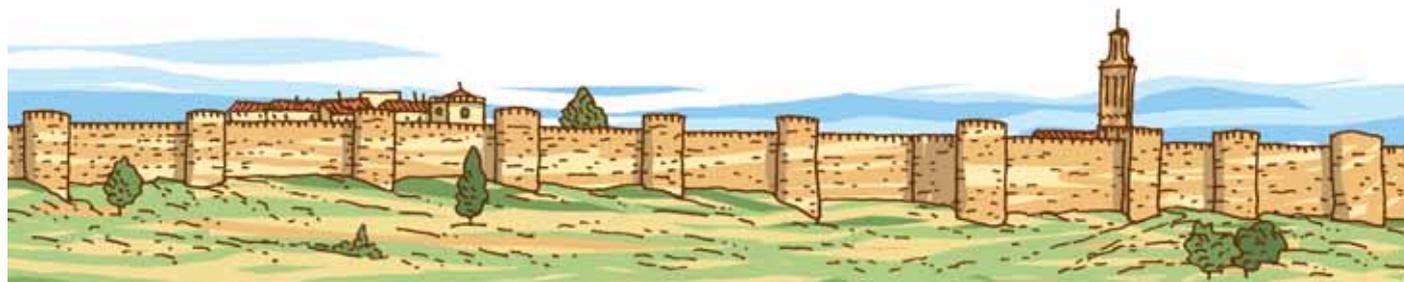
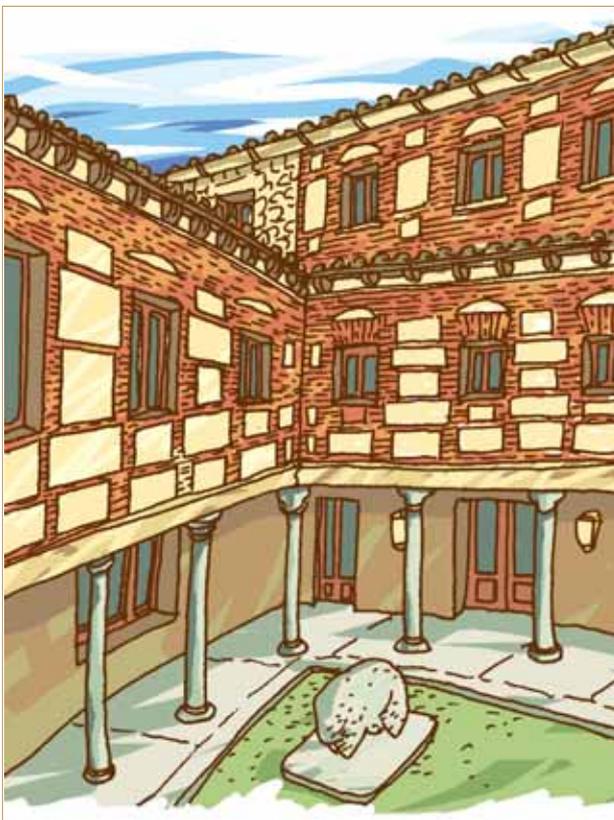
Atenta y reverente visita merece el Monasterio de la Encarnación, construido con los granitos y los rezos de más teresiana plenitud.

Recinto donde lo renacentista no merma lo gótico. Durante treinta años conocería sueños y desvelos; meditaciones, fundaciones y levitaciones de la Santa de Cepeda. El viajero pisa aquí "la tierra más santificada por la presencia de Cristo, después de los Santos Lugares", según los infalibles decires del Papa León XIII.

Estas piedras escucharon las insólitas y místicas cuitas del ardoroso verbo enamorado de San Juan de la Cruz, cuando aquí ejerció de capellán. "No se puede hablar de Dios con Padre Fray Juan, -confesó la Santa- porque luego se traspone y hace trasponer..."

Este Monasterio fue, además, lugar de parada, palabra y fonda de otras y muy ilustres e ilustradas santidades; Francisco de Borja, Pedro de Alcántara, Luis Beltrán... El sagrado sitio guarda y venera importantes reliquias de Teresa. El crucifijo perpetuo de sus viajes. Un cántaro, una jarra. Un trozo de túnica. Su propio autógrafo y el dibujo de un crucificado que hizo San Juan de la Cruz, luego inmortal inspiración del Cristo de Dalí.

Siéntase el huésped invitado a revivir los tiempos de las glorias y andanzas de este Parador, recordando ilustres renacentistas, cuando en esta Ávila teresiana compartía dudas, rebeldías y eternidades con la "Utopía" de Tomás Moro, con las reformas enemigas de Lutero, con las letras gloriosas de ilustres conversos... Con los cantos y susurros de estas calles que Lorca envolvió en "sombras húmedas con ojos de cirios..."



inevitable de los más sabios comedores.

O platos de tan humilde apariencia como los **Morros Rebozados** o **Guisados**; los **Callos**, picantes, como a la madrileña o en compañía de otros guisos.

Una notable diversidad de ensaladas, donde una especie de minúsculos berros llamados pamplina o maruja son exquisito y silvestre manjar cogidos en el remanso de cualquier arroyo.

Peces de estos ríos fríos y todavía tolerablemente limpios: como las truchas de donde nace el Tormes, junto a Navarredonda de Gredos. O las **Ancas de Rana**, tal vez rebozadas, quizá en alguna salsa. O cangrejos y caracoles, casi siempre un punto o dos picantes.

Y entre medias -o antes o después- los

embutidos. De bellota y de los otros, que tampoco hacen, ni mucho menos, ascos. Ganada fama tiene la **Morcilla** -"esa gran señora digna de veneración", que dejó escrito Baltasar Gracián-, que adquiere por estas tierras singulares sabores y misteriosas elaboraciones. Como la llamada "bútago" por los pueblos y aldeas de la Sierra. Donde también las cabras se hacen queso.

Postres con nombres de humildes apariencias cuya mejor sorpresa

es una cuidadosa elaboración. Las **Yemas de la Santa**, delicia mística y golosa, tarjeta postal para regalo o posterior recuerdo del viajero. En todo caso, reserve el comensal, en lo posible, algún resquicio para probar, al menos, la **Leche Frita**, el **Arroz con Leche**. O un **Flan**, Flan.



PARADOR DE ÁVILA Raimundo de Borgoña

Marqués Canales de Chozas, 2. 05001 Ávila
Tel.: 920 21 13 40 - Fax: 920 22 61 66
e-mail: avila@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es
wap.parador.es/wap/

Textos: Miguel García Sánchez. Dibujos: Fernando Aznar